

Crítica aparecida en el número 705 de Cuadernos Hispanoamericanos.
Marzo de 2009

La magia de la tinta crítica

El ensayista es “un hombre a la intemperie, perdido entre los escombros de un mundo histórico y los restos de una visión arrogante de sí mismo”. Lo dijo Martín Cerda en *La palabra quebrada. Ensayo sobre el ensayo*: un libro que fue publicado por primera vez en Chile en 1982 y que acaba de ser reeditado en España por la editorial Veintisiete Letras.

La palabra quebrada se presenta a sí misma como un ensayo sobre el ensayo, pero lo que encontramos en ella es mucho más. Del ensayo –esa peculiar forma de expresión del pensamiento moderno– parece ocuparse solo la primera de las cuatro partes en que se estructura el libro. Las otras tres producen cierta desconfianza inicial, pues muestran el aspecto de un collage de interesantes pero inconexas reflexiones. Parecería que Martín Cerda, una vez concluida su disertación sobre el estatus filosófico y literario del ensayo, hubiera aprovechado para hablar un poco de todo, de todo lo que, forzando mucho, pudiera entenderse tangencial con ese fenómeno expresivo fundado por Montaigne. Pero ese desorden es solo epidérmico: lo mejor de esta obra está en el oscuro fondo de sus párrafos. Se trata de una tragedia cuya coherencia interna, y cuyo dolor heroico, es la trabazón invisible de una sucesión de capítulos aparentemente inconexos: una tragedia que discurre entre el Génesis y el Apocalipsis de un sueño: la salvación del hombre mediante la monoteísta fe en la Razón... y mediante la fe en que Dios es un ídolo yermo. En esa tragedia el ensayo tendría un gran protagonismo, pues sería la expresión de una nueva forma de pensar y de escribir lo pensado.

La palabra quebrada es una obra escrita en buen español, inteligente, capaz de aunar la frescura con la melancolía. Pero está saturada de citas, todas ellas de escritores “modernos” (si retrotraemos la modernidad filosófica a Montaigne, con el permiso de su compatriota Descartes). Sorprende el hecho de que en algunas de esas citas se indique directamente el autor y en otras –solo siete– se haga referencia a un índice que aparece al final del libro. También sorprende que no todas las citas en francés se hayan traducido.

En la primera parte de esta obra Martín Cerda ensaya una definición multidimensional del ensayo. Para ello traza una línea histórica que arrancaría con Montaigne y que desembocaría en los sufrientes ensayistas del siglo XX. El ensayo se caracterizaría por su vocación herética, por su alergia al compromiso con lo socialmente aceptado, por problematizar el sentido común. Esta forma extrema de pensar y de escribir lo pensado propiciaría una forma literaria: el escrito fragmentario. Según Martín Cerda el ensayista expresa en su literatura una mirada discontinua, titubeante, quebrada, pero a la vez esperanzada y anhelante. Nunca llega a la fría perfección del sistema, pero la sueña. Mientras tanto ensaya pensar verdades, aunque sean inconexas, ocupado “de cuestiones siempre urgentes, radicalmente urgentes para todo hombre cuya vida esté

orientada al reconocimiento del origen problemático de toda realidad humana”. El ensayista por tanto, según lo presenta Martín Cerda, es el gran héroe y el gran mártir de la tragedia que se desarrolla en la zona invisible de esta obra. En él bulle y se autodespliega la Razón –esa potencia salvífica capaz de desautorizar al propio Dios-.

Uno de los autores más citados en *La palabra quebrada* es Lukács, el célebre escolástico del marxismo. Sus ideas sobre el ensayo pueblan las páginas de esta obra. La más fértil, a mi juicio, aparece en la página 37: el ensayista está enfrentado permanentemente a una “materia prima informe”. Y es que al parecer el héroe del pensamiento moderno vive rodeado de lo que sería el infierno para un héroe del pensamiento pitagórico/platónico. Me refiero al caos, al infinito no matematizable: eso informe que no muestra leyes universales ni formas eternas. El ensayista viviría a la intemperie, expuesto, pertrechado con su razón, tiritando en esas alturas gélidas y luminosas en las que Nietzsche vivió en fascinada y sufriente soledad.

La primera parte de este libro de Martín Cerda concluye con un epígrafe titulado *Del ensayista* que lo escribe, por completo, Lukács. Llama la atención que Martín Cerda haya delegado en Lukács la labor de cerrar su disertación sobre el ensayo. Lukács fue un lúcido pensador, pero iluminado, fanatizado, por la religión marxista. Su marxismo no llevó esa mesura que Martín Cerda atribuye al gran Montaigne.

La segunda parte de este “ensayo sobre el ensayo” parece haberse olvidado del ensayo, pero en realidad narra, fragmentariamente, el despliegue en la Historia del sueño de la razón moderna... sin dejar nunca de soñarlo. Desde la cosmovisión neomarxista, Martín Cerda analiza el cosmos burgués. Ese cosmos se caracterizaría por su necesidad de inmanencia material, de concreción y de seguridad mundana: la ciudad, el mercado, la casa. La ciudad sería el universo para el pensador moderno, la materia prima de su inspiración; y también su infierno. Martín Cerda recuerda el rechazo que Freud sintió por Viena; y una inquietante cita de Ortega –su admirado Ortega-: “La ciudad moderna no produce, consume. Y esto, que es verdad en el orden económico, ¿no lo es también en los demás?”

La ciudad habría generado una prosa caracterizada por su transparencia, por su interés por el dato concreto, por expresar con radical claridad eso que para el burgués es la realidad. El pensador burgués, ayudado, entre otros, por el impulso de Francis Bacon, sería una especie de cruzado contra los *idola*: esas creencias falsas que obstaculizarían la eficacia salvífica de la razón moderna. Habría surgido “un nuevo héroe de la sociedad moderna”, el cual ya no estaría al servicio de un príncipe, sino del mercado. Y podría hacerse rico: podría alcanzar lo máximo que ofrece el cosmos burgués.

Francis Bacon aparece citado y comentado en muchas páginas de esta obra. Martín Cerda lo ubica en algo así como la patrística del credo racionalista moderno, pero mantiene una inteligente distancia de este credo al tratar el tema de Dios. Con ironía y buen talante filosófico describe el espíritu materialista y pragmático del burgués: un ser humano que ya no necesita a Dios. Esa indiferencia religiosa, según Martín Cerda, habría propiciado el ateísmo militante más extremo. La ciudad se habría llenado así de pensadores desmitologizadores, atentos a lo colectivamente perceptible, a lo material, a lo radicalmente humano, a lo social. La nueva fe habría convertido a Dios en un mueble inservible; y hasta peligroso.

Pero esa fe pidió sangre y llegó la revolución francesa con su régimen del Terror; y con su credo de hierro. Martín Cerda es un racionalista capaz de utilizar la expresión “terrorismo de la Razón”; y está de acuerdo con Rivarol en esta idea: el Terror no fue un accidente en la marcha de la Revolución, sino una conclusión lógica de la racionalización total de la vida. Y con Edgar Morin en esta otra: muchos

intelectuales asumieron el nauseabundo papel de servir a la “clase sacerdotal” de la Revolución.

Para Martín Cerda la “escritura burguesa, a partir del romanticismo, se transformó en un gesto cada vez más crepuscular”. Desencanto, aburrimiento, frío, vacuidad. El pesimismo se habría convertido así en una epidemia del burgo. Martín Cerda creyó que fue un fenómeno históricamente insólito, quizás porque no leyó estudios sobre el surgimiento, entre los siglos VIII y VII a. C., del movimiento renunciante en las hiperpobladas ciudades de la India antigua.

“Naufragio, hundimiento, ocaso, caída y crepúsculo: estos son, sin duda, los vocablos que se encuentran con mayor frecuencia en los pensadores y escritores burgueses desde la segunda mitad del siglo XIX hasta la primera postguerra de este siglo.” Lo dice Martín Cerda poco antes de cerrar la segunda parte de su obra. Ya sentimos el oscuro movimiento de la tragedia que ruge bajo sus párrafos. Los últimos rugidos llegarán en la cuarta parte y en el arranque del epílogo.

Pero antes se nos ofrece, en la tercera parte, un estudio del hábitat del ensayista: su rincón privado dentro de la maraña hostil del burgo: el lugar mágico donde ocurre el prodigio del pensar, del estudiar, del escribir. Se habla de la casa burguesa, de los muebles, del círculo iluminado por la lámpara en el escritorio. Martín Cerda rescata una refrescante cita de Nietzsche, el cual despreció a Flaubert por afirmar que sólo se podía pensar y escribir sentado: “¡Con esto te tengo, nihilista! La carne del trasero es cabalmente pecado contra el espíritu santo. Solo tienen valor los pensamientos caminados”.

Y, finalmente, en la cuarta parte de esta obra de Martín Cerda la tragedia alcanza su máxima intensidad, su máximo horror... y su máximo interés. Y es que se ha llegado al inefable siglo veinte: las masas anónimas, la nada bulliciosa de la calle, los testimonios de seres humanos aturdidos por la dificultad de ser en un mundo que Max Weber calificó como desencantado, las atrocidades totalitarias del nazismo y del marxismo no solo soviético... Un siglo extraño, frío, atroz, desconcertante para los que creyeron en las grandes promesas de la razón moderna. Pero a pesar de todo Martín Cerda, que siempre vivió en ese siglo impresionante, quiso que su tragedia se desintegrara finalmente en la luz, en la esperanza; y cerró su obra así:

“No es ésta, sin embargo, la primera vez que el hombre se queda a la intemperie, expuesto al embate de fuerzas que no logra dominar con la mirada, el pensamiento y la imaginación. En cada una de esas ocasiones fue la razón o el espíritu crítico el que, en último trámite, señaló una salida razonable a la situación de apremio extremo en que se estaba, e iluminó en medio del desaliento la certeza o la esperanza en el mañana.”

Martín Cerda se reafirmó así como creyente en la Filosofía, en el ensayo... en la magia de la tinta crítica.

David López
Sotosalbos
Enero 2009